

P. Alfonso Ruiz, ocd

4

Estilo de Recreación

Burgos – 2020

INDICE

Una novedad inesperada

Encuentro y comunicación

Recreaciones de mundo

Hablar “en Él”

Dar contento a otros

Una recreación teresiana

Entender las faltas

Estilo de recreación.

Una vez que hemos reflexionado sobre el estilo de hermandad, volvemos de nuevo a la frase de la Santa que nos lo ha motivado, para recordar, según es enjundiosa, otros matices que bien pueden seguirnos ayudando. Decía ella del propósito de aquel encuentro que “había lugar para informar al Padre fr. Juan de la cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas; que todo es con tanta moderación que solo sirve de entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la regla” (F.13,5).

En primer lugar, teniendo en cuenta el estilo coloquial con que la Santa escribe, que expresa sus sentimientos al vivo y sin rodeos, bien podemos decir, tomando como punto de referencia sus palabras, que al estilo de hermandad va unido indisolublemente el estilo de recreación. O mejor si queréis y de forma más exacta, a la inversa. Es decir que a ese estilo propio de hermandad ha de corresponder, como parte substancial del mismo, un estilo de recreación. Así lo daría a entender la conjunción ilativa que une las dos palabras como partes de un mismo estilo.

Una novedad inesperada

Y desde luego, bien podemos decir que aquí es donde está la razón de su importancia, del relieve que la Santa otorga a la recreación como un elemento imprescindible del engranaje de la vida descalza. La recreación, según eso, no es un acto cualquiera, uno más en que se divide la jornada. Es más bien un momento crucial que sirve para engrasar ese rodaje diario, para comprobar el nivel de la hermandad, para reparar sus deficiencias y añadir un impulso nuevo a la propia hermandad verificada...

Quizá será oportuno advertir ya de entrada, que el hecho mismo de introducir la recreación es una novedad singular y realmente original del planteamiento teresiano que pudiera resultar chocante. Pues no hay que olvidar que el gran señuelo que le impulsa a la renovación de su vida religiosa es revivir, en un estilo de ermitañas, la vida de aquellos santos padres pasados, que es la que se propone imitar.

Y curiosamente ella que propugna la necesidad de la soledad y el valor del silencio como amparo y defensa de ese nuevo eremitismo, que ciertamente es más cordial y afectivo que efectivo, pero que invita a cada monja a estar en su celda, que excluye la sala de labor en común para facilitar que cada una guarde mejor la soledad en el desierto de su celda, y que e—n principio— ni siquiera prescribe la oración comunitaria, señale desde el hora primera la recreación en común, para que hablen juntas las hermanas” (Const. 6,7).

Más todavía, la tal recreación ha de durar un tiempo prolongado, “como le pareciere a la madre priora” (Ib.8) para que en su cálculo resulte suficiente. Y se ha de fraccionar en dos momentos oportunos, será dos veces al día, después de la comida y tras la oración y el rezo de completas para que así su efecto relajante resulte más efectivo. Y como remate, la intuye como tan necesaria que de ella no dispensa ni siquiera en los tiempos de ayuno. De modo que la alimentación será mermada, pero la recreación será íntegra y para colmo aparece en su horario invadiendo el tiempo del silencio sagrado. Y cuando un día un visitador riguroso proponga que las monjas, en señal de respeto, no tengan recreación el día que comulgan, rechaza la propuesta con entereza: “Si no han de tener recreación los días que comulgan, y dicen cada día misa, luego no tendrán recreación nunca” (Cta. 150,1) y acaba diciendo que no ve por qué han de privarse de la recreación, cuando no lo hacen los sacerdotes que celebran a diario.

A la vista, pues, de todos estos datos que evidencian la importancia que Teresa da a la recreación, bien podemos deducir que su mención, hilada con la hermandad, al hablar de su estilo, no es algo casual. Y que, verdaderamente, las percibe como dos partes de un todo que se necesitan y complementan. La hermandad necesita de la recreación y, en ella, aunque no sea ciertamente en exclusiva, se expresa y se aviva cada día. Y a la inversa, bien cabe también decir que la recreación necesita de la hermandad para que resulte un acto vivo, comunicativo y distendido de la comunidad del que se vuelve con el ánimo reparado para seguir viviendo en la soledad, tanto en la material de la celda, como en la íntima del desprendimiento de los afectos innecesarios e inoportunos para centrarse en ese “Darse todas al todo sin hacernos partes” (C 8,1) que constituye el ideal...

Pero, antes de proseguir la reflexión, será oportuno advertir que la palabra recreación tiene diversos sentidos en el lenguaje teresiano, aunque algo tienen quizá todos entre sí de complementarios... Uno, acaso sería el que corresponde a la denominación de un tiempo concreto y específico de expansión, que es el que ella fija en el horario. Otro alude, sin duda, al contenido de la misma como sinónimo de algo que distrae y divierte, así cuando dice “que el Señor dará gracia a unas para que den recreación a otras” (ib.6) En otras ocasiones, significa el gozo o consuelo personal que una persona disfruta cuando tiene ante sí algo que le satisface, como una especie casi de refrigerio, así el agua, la huerta, un paisaje que es “de harta recreación para mí” (Cta. 59,1), dice, en alusión al que tiene en Alba. “Aunque era de gran recreación por ser huerta grande y deleitosa, no podía dejar de ser enfermo” (F.10,3), dice —con pena por ello— de la finca donada en Valladolid. Dan igualmente recreación las cartas que se reciben, o bien ese consuelo lo produce un bien espiritual. Así, refiriéndose al uso del agua bendita y al consuelo y alivio que le da cuando la toma, dice: “es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación que no sabría yo darla a entender” (V 31,4). Y no solo en eso, también, por ejemplo, le puede producir recreación la lectura de un libro (V 4,7), de modo que por eso se siente especialmente turbada cuando la Inquisición retira algunos de su habitual lectura: “Yo sentí mucho, porque algunos me daban recreación leerlos” (V 26,5). Quizá, resumiéndolos todos, cabría decir que la recreación es ese tiempo diario, distendido, que sirve a la vez de alivio y de entretenimiento, de contento y de solaz.

Encuentro y comunicación

Pero, volviendo al sentido más original, como sinónimo de un tiempo diario de encuentro de la comunidad, lo primero que cabe notar es que, sin duda, en la mente de la Santa, ha sido concebido como un “tiempo de comunicación” para equilibrar el tiempo de silencio, ciertamente más largo y denso. Lo ha dicho expresamente es tiempo de hablar, que “todas juntas puedan hablar en lo que más gusto les diere” (Const.).

A decir verdad, la presencia por sí misma es comunicativa y dice no poco a los demás de nuestro deseo de participar. Una presencia pasiva, indolente, delata lo lejos que puede encontrarse el ánimo, el corazón, el pensamiento de una persona, por más que esté allí formando corro. Todos hemos ejercitado alguna vez esta ausencia de estar en otro sitio y la hemos percibido de los demás, sin esfuerzo. Y, desde la presencia, basta también un gesto, una mirada, para expresar la reacción que nos produce el otro.

Pero, evidentemente, es a través de la palabra —privilegio del ser humano— como este se comunica y expresa. La palabra tiene un valor inapreciable a simple vista, pero de verdad, siempre importante. Con una palabra podemos hacer feliz a una persona, con solo decirle lo que desea oír, de aprecio a lo que es o hace. Y con una palabra, podemos hacer sufrir a quien la escucha, humillándole hasta el polvo.

Más aún, no hay palabras asépticas ni esterilizadas, a no ser en el diccionario, donde solo consta el concepto... Toda palabra, cuando la pronuncio, es reveladora de mi sentimiento y sirve para despertar el de quien la escucha.

De ahí su importancia, especialmente cuando se vive en comunidad. Porque necesitamos de la palabra para crearla. Primero, ciertamente, para expresarme. En mis ideas y sentimientos. Pero, luego, también para captar las ideas y sentimientos del otro y juntos tratar de construir la comunidad... Sin comunicación no es posible llegar a la comunión. Y sin comunión, no hay comunidad.

Pues bien, entiendo que eso ha sido lo que ha querido la Santa por encima de todo con la recreación, como contrapartida del silencio. Disponer y crear a diario una oportunidad de comunicación vital en la que haya un trasvase de sentimientos desde el que se consolide la hermandad, creciendo en el conocimiento, en la confianza, en la amistad mutua en la que todos hemos de coincidir. Ella nos ha dejado un pensamiento que, por más que sea de observación elemental, es un principio básico: “El no tratar con una persona causa extrañeza... porque deudo y amistad se pierde con la falta de comunicación” (C 26,9). De modo que, a la inversa y por la misma razón, resulta que la amistad crece con la comunicación.

Y no parece que haga falta demasiada reflexión para advertirlo. Una relación que no se cultiva, cortar la comunicación con quien antes nos hemos tenido por amigos, lleva —de modo insensible— primero al deterioro o debilitamiento de la amistad, y luego a su pérdida.

Por el contrario, en la medida en que acrecentamos la comunicación con alguien, nos vamos adentrando en su mundo y, por consiguiente, si la proseguimos con interés y solicitud, también en su amistad.

Entiendo que la comunicación es, de suyo, clarificadora. Cuando más nos comunicamos, más expresamos lo que somos y sentimos. Y eso hace más o menos deseable nuestra amistad, de modo que al fin provocamos amistad o indiferencia.

Por eso, el hablar con los amigos —máxime cuando se pone en común lo que a todos interesa— es, en cualquier caso, ya una recreación, en su doble sentido de un gozo y un tiempo de expansión. A ambos se refiere la Santa cuando, lamentando la imposibilidad de hacerlo que tenía en sus primeros años de vida espiritual, comenta: “Que si yo hallara con quien hablar en Dios, más contento y recreación me daba que toda la policía o grosería, por mejor decir de la conversación del mundo (V 6,4).

Recreaciones de mundo

Aparece, pues, evidente, que la recreación para Teresa tiene en la comunicación, en la conversación, su principal punto de apoyo, en ese encuentro con el otro que es donde se fragua, poco a poco, la amistad.

Precisamente sobre esta “conversación” del mundo, a través de la cual se cultiva de igual manera la amistad humana, tiene la Santa una experiencia larga y más bien dolorosa. Es la de todo el tiempo que ha dedicado a las amistades en el locutorio, en los primeros años de su vida religiosa.

Atraídos por las innegables dotes de Teresa para la amistad y el coloquio, bajo capa, en ocasiones, de las limosnas que los benefactores ofrecen en sus visitas, y en otras, acaso ya por el señuelo también de sus incipientes virtudes, el caso es que la Santa ha menudeado estas conversaciones y visitas, entre el apoyo de unas y la reticencia de otras de las monjas de la Encarnación, sin que ella acabe de ver el mal que le causa. Y así tiempo y tiempo “torné a la misma conversación... porque fue

muchos años los que tomaba esta pestilencial recreación” (V. 7,7). Hasta que el propio Señor le hace entender el riesgo y le invita a no tener conversación con hombres sino con ángeles.

A este tipo de conversación, que es más un pasatiempo, un entretenimiento y cultivo de una amistad superficial que no contribuye al bien de la persona, la Santa le ha denominado “recreaciones de mundo” (V 7,4) Así que, alertada por su propia experiencia de las consecuencias negativas que en ella ha tenido ese tipo de conversaciones-recreaciones, invitará a las religiosas en general a que las eviten: “les pido yo por amor de Nuestro Señor huyan de semejantes recreaciones” (Ib. 7,9).

De ahí que, si la Santa centra de alguna manera la recreación en la comunicación, en la conversación para ahondar la amistad, está claro que ha de referirse a otro tipo de conversación.

Hablar en El

Primero, desde luego, porque ha de desarrollarse entre los miembros de la comunidad. Es comunicación-comunión-recreación entre las hermanas del Colegio de Cristo. Y, en segundo lugar, porque el punto central de la misma no puede ser el de las trivialidades que ocupan y entretienen a los del mundo, sino que ha de ser en torno a lo que es fundamental para esa vida que se comparte, en torno a Dios mismo y a todo lo que su amor nos motiva.

Curiosamente, la Santa ha puesto como clave —para distinguir cuándo es posible y cuándo no la amistad de la religiosa, incluso con el propio confesor— esta señal: “porque si no ven entiende su lenguaje y es aficionado a hablar en Dios, no le podrán amar” (C 4,15). De hecho, la Santa ha precisado que el ser religiosa exige no solo una manera de comportarse, sino también un lenguaje específico en el que Dios siempre anda presente, según dice ella refiriéndose en concreto a las primeras descalzas de San José: “no es su lenguaje otro sino hablar de Dios, y así no entienden ni las entiende sino quien habla el mismo” (V 36,26). Mientras que las conversaciones del mundo que la religiosa ha de rehuir son la “algarabía”, en su sentido más propio de lenguaje desconocido y sin sentido, por lo que “no lleva camino, uno que no sabe algarabía gustar de hablar mucho con quien no sabe otro lenguaje” (C 20,5). Más bien deberá ser a la inversa: ese es vuestro trato y lenguaje, quien os quisiere tratar, depréndale, y si no guardaos de deprender vosotras el suyo” (C 20,4).

En definitiva, por tanto, el núcleo y centro de la comunicación ha de ser de la abundancia de lo que hay en el corazón, que es de lo que habla la boca y, por tanto, de Dios mismo y eso hará de la conversación una auténtica recreación en el doble sentido de entretenimiento y consuelo. En realidad, esa es la razón última por la que se sacrifica la soledad y el silencio amado como ámbito del encuentro con El. De ahí que ese será el motivo también último para que la religiosa pueda salir del silencio y coloquiar con una hermana en particular, según establece la Santa en las Constituciones “cuando para más avivar el amor que tienen al Esposo, una hermana con otra quisiere hablar en El o consolarse”. (11).

Este hablar *en El*, que deberá ser el centro de la comunicación-conversación entre personas de oración que buscan lo trascendente, no excluye, sin embargo, que en la recreación se pueda hablar de otras cosas... De hecho, ella misma ha apuntado que cada religiosa hable de lo que más gusto le diere, segura, por lo demás, de que el gusto no estará en esa “algarabía” de las conversaciones de mundo... Más aún, este hablar de lo que más gusto diere es una invitación —entiendo— a compartir esos sentimientos más vivos que cada una lleva dentro de sí. Aquellos que hacen eco o son la huella de las vivencias más personales e íntimas, las dificultades, los problemas o noticias de los amigos y familiares, porque —al fin— forman parte de ese pequeño mundo personal del que nunca acaba uno de desprenderse, por más que haya que buscar el desasimiento...

La hora de la recreación es, por tanto, la hora de compartir sentimientos y vivencias, puesto que es la hora única en que el silencio se interrumpe, lo mismo que la hora de la mesa común es la hora de

compartir los bienes que, en limosna, se han recibido, y que siempre son en beneficio de todas, “pues como aquí todo es en común y ninguna puede tener regalo particular...” (C 9,1). También mis sentimientos y preocupaciones será justo que los ofrezca —cuando son gratos— para gozo de todos y, cuando son pesados, para que me los ayuden a llevar.

Dar contento a otros

Pero hay algo más que ayuda a definir y caracterizar este tiempo de recreación que aparece como un valor que tener en cuenta en el estilo teresiano de la vida ideada por ella... Y es que no solo hay que compartir palabra y sentimientos, ideales y problemas. Hay que compartir también algo que debiera ser muy propio de quien se ha encontrado con Dios: la alegría.

No creo que sea necesario detenernos demasiado en ponderar hasta qué punto Dios es fuente de satisfacción, de felicidad plena para el que le busca; y la alegría, un privilegio consistente que disfruta el que le encuentra. Nos basta mirar un poco hacia la vida de Teresa y escuchar su testimonio para tener la prueba suficiente. La alegría que siente y que derrama dondequiera que está: en su casa, en las Agustinas, en la Encarnación, en todos y cada uno de los conventos que funda, es manifiesta y contagiosa. Su rostro mismo era sonriente, como dirá al P. Ribera.

En realidad, ella siempre tuvo a gala el “dar contento” es complacer ciertamente. Pero es también dar alegría, regalar la propia, contagiándosela a los demás. Si ya la tienen para aumentarla. Si les falta para que nazca. Y en ningún momento que el de la recreación para procurar esa alegría contagiosa que se comunica y da gozo.

Hablando de la recreación, dirá la Santa que no se permita juego —por más que ella hasta la “vanidad” del ajedrez sabía (C 16)— quizá porque distrae y apasiona, sino que “el Señor dará gracia a unas para que den recreación a otras”. Dar gracia para dar recreación no es sino tener esa habilidad de alegrar con una palabra de humor, eso con una “gracia” a los demás. Algo que quizá, ciertamente, no está al alcance de todos, pero que todos percibimos y a todos nos alegra cuando se produce. Y si alguien tiene ese don y se lo guarda y no lo comparte, pues está gastándose con egoísmo para sí solo lo que también le fue dado para compartir con los demás...

Saber ver el lado simpático de las cosas da ocasión, igualmente, para divertirse un poco: “cosa donosa es esta para que os holguéis cuando hayáis todas de tomar alguna recreación, que este es buen pasatiempo: entender cuán ciegameente pasan su tiempo los del mundo” (C 22,5). Y lo mismo el tomarse la vida y las mismas contradicciones con humor. Saber reírse incluso de uno mismo es una filosofía sana y provechosa para cualquiera. La Santa nos da fe en su epistolario de haberlo hecho repetidas veces, y aun se goza de “dar recreación a vuestra merced con tanta torpeza”, por no acertar a expresarse bien. Despertando así la hilaridad. Algo sumamente positivo cuando se vive en comunidad. Una broma, una palabra graciosa, dicha a su tiempo sirve admirablemente no solo para alegrar a las hermanas, sino también incluso para disipar un malentendido, o aliviar una inesperada tensión. Y algo de eso es lo que pretendía la Santa cuando dice “procuren no ser enojosas unas a otras, sino que las burlas y palabras sean con discreción”. Está, pues, claro: en la recreación no solo caben, sino que son deseables esas bromas y palabras que generan alegría, siempre que se tenga en cuenta esa precaución de saber ser discretos. Unos y otros, el que la dice y el que la escucha, para no hacer de la broma o la palabra una ironía que hiera. Y para no ser tan susceptibles que no aceptemos una broma, sospechando de la torpe intención de los demás. “Fundadas en esto, todo es tiempo bien gastado”, dirá la Santa como remate en las propias Constituciones, donde invita a esta relación relajada y alegre.

De hecho, el buscar esa oportunidad de alegrar y alegrarse con las hermanas es señalado por la Santa como una de las formas expresivas del amor fraterno, de amistad con que todas se han de

amar: “procurar también holgaros con las hermanas cuando tienen recreación con necesidad de ella y el rato que es de costumbre (C 7,7). Y añade una coletilla preciosa, para invitar a no dejarse llevar cada uno de su propio gusto, pues no todos los días se encuentran uno del mismo humor, y en aras de alegrar a los demás, “aunque no sea a vuestro gusto, que yendo con consideración todo es amor perfecto”. A fe que no cabe mayor ponderación de este afán de alegrar a los demás que debe motivar el encuentro de la recreación. Quizá solo así se entiende esa inexplicable alegría que todavía mana de cualquier comunidad teresiana de sus hijas, que es parte preciosa de la herencia recibida...

Una recreación teresiana

Bueno será, en todo caso, recordar también, aunque solo sea de paso, cómo vivía y animaba la Santa las recreaciones para tener un dato más de su estilo peculiar de entender lo que significan y el valor que tienen como ayuda del estilo de hermandad...

Que la Santa tenía un espíritu alegre y transmitía alegría ya lo hemos dicho. Y sabemos que una manera peculiar muy suya de poner una nota de alegría en la recreación era el hacer coplas, de las que quedan notables testimonios, en las que el humor ronda incluso lo religioso, como al pedir piedad para verse libres de los piojos en aquella memorable procesión, y en la página singular del *Ve-jamen*. Ella misma, en una de sus cartas, da fe de este modo alegre de celebrar las fiestas y de hacer la recreación. Escribe a su hermano: “Gran fiesta tuvimos ayer con el nombre de Jesús... No sé qué le envíe por tantas mercedes como me hace, si no es esos villancicos que hice yo, que me mandó el confesor las regocijase a las monjas de Toledo, y he estado estas noches con ellas y no supe cómo sino así. Tienen graciosa sonada si la acertase Francisquito para cantar. Mire si ando bien aprovechada” (Cta. 172,14).

Las coplas adquirieron pronto, por contagio, carta de ciudadanía en los conventos y en la recreación teresiana... y a ella se suman también los más allegados, como su hermano D. Lorenzo “a quien agradecemos mucho sus coplas, dice burlona, que, si ha dicho más que entiende, por la recreación que nos ha dado con ellas, le perdonamos la poca humildad en meterse en cosas tan subidas”. Otro día dirá a Gracián: Dios le pague la recreación que nos ha dado con sus coplas”. Y no deja de agradecerlas siempre que las recibe. “Y qué en gracia me cayó, cómo dice con tanto desdén: ahí envían esas coplas las hermanas; y será ella la trazadora de todo”. A no ser en aquella ocasión en que contesta preocupada a las descalzas de Sevilla temerosa de la vida de Gracián: “no estamos para coplas. ¿Piensa que anda así la cosa? Encomienden mucho a nuestro Padre Gracián a Dios”. Y cuando tiene que defender la inocencia de sus descalzas y su estilo sencillo de vida, no dudará en decir a María de San José “y decir que en eso [hacer coplas], pasan las recreaciones, que todo es lenguaje de perfección”.

En otras ocasiones ella misma las reclama: “De cómo le va en lo espiritual no me deje de escribir, dice a María de San José, que me holgaré. Y las poesías también vengan. Mucho me alegro procure que se alegren las hermanas, que lo han menester” (412,13). Y cuando, tras todas las contiendas, la priora vuelve a ocupar su cargo en Sevilla, escribe la Santa: “He mirado cómo no me envían ningún villancico, que a osadas no habrá pocos a la elección, que yo amiga soy de que se alegren en su casa con moderación” (330,12).

Las coplas son, sobre todo, la manera más llamativa y alegre de solemnizar las fiestas, bien sea las privadas de la toma de hábito o profesiones, bien las litúrgicas: “Hay gran cosa de eso, coplas y villancicos estas Pascuas en las recreaciones”, escribe una navidad.

A veces ella misma es objeto de una coplilla de Isabelita la hermana de Gracián, que canta ilusionada cuando entra la Santa: La Madre Fundadora viene a la recreación, cantemos, bailemos, y hagamos el son”.

Motivo de alegría y recreación será precisamente también la presencia en el convento de algunas niñas, como la citada Isabelita. “Mucha recreación nos da Isabel, y todas la quieren grandemente y con razón” Y nada digamos, su sobrina quiteña, a la que Teresa escucha encandilada. “Que sabe entretener bien en las recreaciones, contando de los indios y de la mar, mejor que yo lo contara” ... y que en el viaje de regreso de Sevilla “ha venido dando recreación por el camino, y sin ninguna pesadumbre”.

Tal carta de naturaleza tenía, en fin, la recreación para la Santa, que tampoco faltaba ese acto ni siquiera por los caminos, donde ella trataba, por lo demás de hacer vida de convento, solo que, en estos casos, eran las incidencias del camino lo que servía para poner un punto de alegría sobre los contratiempos de los caminos, porque, como ella dice, “en pasando el peligro era recreación hablar en él” (31,17).

Entender las faltas

Pero hay todavía dos detalles un tanto singulares que adornan y enriquecen la recreación teresiana y es bueno no olvidar.

El primero que para que no parezca un tiempo ocioso, puesto que es largo en el horario y de cada día, une a él algo de trabajo manual. Había dicho en las Constituciones, aludiendo al tiempo que dura la misma: “Y tengan todas allí sus ruelas y labores” y después precisará en carta a María de san José. “sea el ejercicio de manos en la recreación cuando no hubiere otro tiempo” (Cta161,8).

Pero el segundo matiz es de mayor calado. Y es que cuando la Santa se refiere a la aludida enseñanza del estilo de hermandad y recreación que practican las hermanas en Valladolid, termina con estas palabras: “Que todo es con tanta moderación que solo sirve de entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la Regla” (F. 13,5).

Tomada la frase en su sentido más literal, parece que la Santa alude a la recreación como a un tiempo aprovechable para la corrección fraterna, y no falta algún testimonio en los Procesos que refiere cómo, en alguna ocasión y a modo de entretenimiento, decían las faltas de una hermana y luego pedía le dijeran las suyas. Al hilo de todo lo que sabemos y de cuanto nos ha dejado entrever, no parece que ese fuera, sin embargo, el sentido de la recreación de ordinario, aunque no cabe duda que desde esa perspectiva de la comunicación profunda a la que debe dar origen en muchas ocasiones, también esto cabría. Especialmente si se hace con cierto humor y como entretenimiento que no deja de llevar su pizca de intención y que puede ser tan eficaz como la corrección fraterna que ha de tener lugar por principio en el Capítulo previsto en las leyes.

No falta quien piensa que lo de faltas, sería más bien el equivalente a las “carencias”, es decir el momento en que cada una expresa en común lo que le hace falta, y no cabe el excluirlo, puesto que, si la comunicación —como hemos apuntado— es un verdadero compartir de sentimientos y necesidades, no es mala ocasión para expresar también lo que se necesita...

En definitiva, la recreación teresiana es algo más que un tiempo cualquiera de simple paréntesis en la guarda del silencio... Es un verdadero oasis en la tensión de la jornada. Un espacio de laboriosidad, encuentro y comunicación, una hora, en fin, de intensa comunión fraterna. Y a la vez que todo, una hora de alegría renovadora que engrasa y suaviza el engranaje de la vida fraterna, de la hermandad.